

Lc 24:35-48; Hechos 3:13-15, 17-19; 1 Jn 2:1-5a Sanador Herido

Caminando a casa después de una fiesta, dos hombres decidieron tomar un camino mas corto a través del cementerio. A mitad de camino, se espantaron al escuchar un ruido de golpeteo viniendo de las sombras.

Temblando de miedo, se sintieron aliviados al descubrir a un anciano con un cincel, astillando una de las lápidas.

"Nos asustaste casi hasta la muerte", dijo uno de los hombres.

"Pensábamos que eras un fantasma. ¿Qué haces trabajando aquí tan tarde en la noche?"

“¡Esos tontos!” —refunfuñó el anciano—. "Escribieron mal mi nombre"

Los discípulos pensaron que estaban viendo un fantasma. Pero Jesús los invitó a tocar y ver sus santas heridas. ¿Sabes lo que eso significa? Significa: *esto es lo mucho que te amo y nunca te dejaré.*

Y nada podría ser más obvio que la promesa implícita: que vamos a vivir para siempre con un cuerpo resucitado y glorificado como el Cristo resucitado.

Al igual que Cristo resucitado, nuestro cuerpo glorificado será físicamente perfecto, perfecto como un adulto joven, y nunca vamos a sufrir, enfermarnos, lastimarnos, envejecernos ni morir.

Y al igual que Cristo resucitado, nuestro cuerpo glorificado será espiritual para que podamos cambiar nuestra apariencia, aparecer y desaparecer, comunicarnos con pensamientos, y nuestros días estarán llenos de paz y gozo para siempre.¹

Así que, los discípulos se quedaron llenos con una tremenda paz y alegría, que el mundo no puede dar, pero solo Jesús lo puede dar (Jn 14:27).

¹ Paul J. Glenn: Un recorrido por la Summa, págs. 440-444; (B. Herder Book Co. St Louis, MO 1960).

También nosotros vamos a tener un encuentro con Jesús resucitado en esta misa cuando pongamos su cuerpo y su sangre dentro de nuestro cuerpo y en nuestra sangre.

Nosotros también tocaremos a Jesús. Y seremos sanados espiritualmente cuando nuestros pecados veniales sean perdonados...

y nos llenemos con la tremenda paz y alegría de Su Espíritu Santo, Su gracia y Su amor--¡dentro de nosotros!

Nosotros también seremos transformados y convertidos más como Jesús cuando Él abra nuestras mentes para entender las Sagradas Escrituras. ¿Sabes cómo?

Cuando entramos en los eventos de su vida en esta misa. En ese altar, nos uniremos a Él en la última cena. En ese altar, estaremos al pie de Su cruz.

Y Jesús resucitado estará en medio de nosotros--en nuestros corazones ahora mismo--para darnos poder para pensar como Jesús, perdonar como Jesús, dar como Jesús y amar como Jesús.

Los discípulos llegaron a entender que la muerte y resurrección de Jesús eran el plan de Dios desde el principio. ¿Pero por qué? ¿Por qué tuvo que sufrir Jesús? Déjame contártelo.

Hay una línea de Hebreos que nunca entendí por completo. Dice: *A pesar de que Él era el Hijo, Él aprendió sufriendo a obedecer* (Heb 5:8).

Pero Jesús siempre fue obediente. Lo sé. Sin embargo, Jesús tuvo que convertirse en un "sanador herido".

La historia va así: El Talmud dice que algunos rabinos le pidieron a Elías que les mostrara al Mesías. El dijo: "Ve a donde están los leprosos, encuentra al leproso que, después de vendar sus propias heridas, comienza a ayudar a los demás leprosos a vendar sus heridas. Y ese es el Mesías."

Así que, por medio de su sufrimiento, Jesús se hizo compasivo con nuestro sufrimiento. Piénsalo.

Los que han sufrido y reconocen ser quebrados, Dios puede usarlos para sanar a los que están sufriendo. Mientras que los que nunca han sufrido no son comprensivos.

Así que Jesús se convirtió en nuestro sanador herido. Y así debe ser con nosotros (Fil 3:10). Jesús dijo: *Ustedes son testigos de esto* (Lc 24,48).

Pero dar testigo es más que solo hablarle a la gente acerca de Jesús. Cualquiera puede hacer eso. Dar testigo significa testificar con nuestras vidas que Jesús nos ha tocado, nos ha sanado y nos ha transformado.

Un gran ejemplo fue Mons. Mike Bunny. Antes de morir, dijo: "Tomaré el sacramento si lo tienes." Así que le di la Sagrada Comunión.

Qué perfecto que fuéramos nosotros, los sacerdotes de la resurrección, el P. Jim y yo, los que lo viéramos por última vez. Era como una señal: ¡que iba a vivir para siempre!

¿Y que de nosotros? ¿Cómo daremos testigo a Jesús? San Juan dijo que la manera de mostrarle al mundo que de veras "conocemos" a Jesús es si cumplimos sus mandamientos (1 Jn 2:3).

Lo sé. A veces parece imposible. Caemos en la tentación. Y nuestras heridas provienen de los pecados que cometemos contra Dios.

Pero tenemos un intercesor: Cuando vayamos a confesarnos, Jesús nos perdonará nuestros pecados (1 Jn 2:1-2).

Así que no te lo guardes para ti. Ese es el regalo más grande que se le puede dar a alguien: el regalo de Jesús. Su historia. El don sanador del perdón. Y la forma en que ha cambiado tu vida.

Es por eso que Jesús nos encarga dar testigo predicando en su nombre, la necesidad de volverse a Dios y el perdón de los pecados (Lc 24:47).

Vimos a San Pedro hacer eso en la primera lectura. El que había negado y abandonado a Jesús, ahora se convirtió en un sanador herido.

Sí, el pueblo judío también había negado y abandonado a Jesús (Hechos 3:13-14). Pero no los condenó. En cambio, los invitó a convertirse, arrepentirse y estar bien con Dios (Hechos 3:19).

Hermanos y hermanas, nosotros somos los sanadores heridos. Hemos sido enviados por Jesús para dar testigo con nuestra vida de lo que Él ha hecho por nosotros.

No los condenemos, sino que los invitemos a tocar a Jesús, a ser transformados por Jesús y a dar testigo de Jesús. Porque, al fin y al cabo: vamos a vivir para siempre.